

Querido G:

Decía Voltaire que el médico es aquel hombre que entretiene la enfermedad hasta que la naturaleza resuelve el problema. Y bien, heme aquí a la espera de que esa madrastra ponga en su sitio un cálculo que no es aritmético sino químico. Unos pocos miligramos de oxalato cálcico bastan para derribar eso que pomposamente llaman algunos espíritu. Pero ¿la música está en el violinista o en las cuerdas del violín? Y si yo no soy más que materia ¿quién se duele en mí siendo yo materia insensible? Dejemos un asunto tan grave.

Te he hablado de salud. O sea, de salvación. Si algo me desagrade de la salvación cristiana es su individualismo casi egoísta. Y si Dios me ofreciese ir con los benditos del Padre yo solo, yo le contestaría: “si no vienen conmigo mis padres, mis hermanos, mis amigos, todos aquellos a los que quiero ... pues prefiero acompañarlos en las calderas de Pedro Botero”. Todos o ninguno.

Querido G:

Yo procuro, aunque no siempre lo consigo, quedarme de los últimos en el concurso de duelos y quebrantos acerca de la escasez de dinero. Siendo de naturaleza orgullosa, me parece una vergüenza y deshonra mostrar los bolsillos vacíos. Mi madre decía que a nadie le importaba si uno come sopas de agua en su casa. Yo, que tengo más cultura literaria, diría que me parezco al hidalgo aquel del Lazarillo: me pongo migajas de pan en la barba para dar a entrever que tengo el estómago lleno. Y hablando de don dinero, ese poderoso caballero que dijo el famoso cojo, yo he formulado una ley económica que si el mundo fuera justo me valdría ganar el premio Nobel. Podría expresarla así: “en materia de impuestos, a mayor renta mayores decibelios de protesta”.

Sí, los ricos también lloran, sobre todo cuando la señora Hacienda les da un pellizco al pan con mantequilla y frambuesa.

Estimado J.J:

El hombre conservador es aquel que acepta en el presente lo que hace medio siglo rechazaba. No hace mucho la derecha solamente concebía una España centralista. Ahora las autonomías son casi una invención suya. Tal vez un día suceda lo mismo con un auténtico Estado federal. Pero usted, aunque tiene los pies en tierra, tiene la vista puesta en el cielo. Los curas anteriores al Vaticano II se santiguaban ante las modernidades, y eso que contaban con el beneplácito de un Papa bueno con ya algunos cuantos años en la sotana raída. Tal vez un día el cura no esté obligado a un celibato impuesto, haya sacerdotisas y, juntando el fuego a la paja, nazcan hijos que hagan a los padres verdaderos padres. Ya sé que muchos, no sé si usted se cuenta entre ellos, pueden decirse: “espero no verlo”.

Querido G.

Franklin expresaba sus ideas con el suavizante “me parece”, “en mi opinión”, etc. De esa manera el debate se hacía menos agrio, las certezas se diluían en humildes porciones de verdad y los argumentos no eran picudas armas de combate para ser arrojadas sobre el adversario político. El problema de la vida pública en España es que las ideologías nos llevan a la “odiología”. Si un enemigo atacase España el gobierno y la oposición se enfrentarían sobre si se debe usar más la marina y menos la aviación o bien más la aviación y menos la marina.

Ambos, por razones evidentes, tenemos la misma experiencia como votantes que nuestro común amigo, el cual pertenece a una generación anterior. Pues bien, en casi medio siglo de experiencia he sacado dos conclusiones: una, la solución a los problemas la tiene siempre la oposición de turno; otra, no puede resolver los problemas porque no está en el gobierno.

Estimado JJ:

La Iglesia, como así también los partidos políticos, son únicamente meros instrumentos para conseguir un fin determinado. En un caso, evangelizar; en otro, moldear la sociedad según ciertos principios sociales. Pero estas herramientas pueden mellarse y precisar de nuevo ser afiladas. Siempre me han sorprendido en el Padrenuestro estas palabras: “venga a nosotros tu reino”. Pero ¿no huyó Jesús cuando la muchedumbre quiso hacerle rey? No, los curas quieren salir de la sacristía y hacerse presentes de tejas abajo. Los católicos aspiran a traer cachitos de cielo a la tierra. Los obispos, tras ser renuentes siglos al liberalismo que es pecado, conceden a sus fieles libertad para votar a quien sea, siempre que no sean partidos de izquierda. Éstos no pueden quitarle la bondad, pero sí la bolsa con la que se hacen las buenas acciones.

Querido G.

Yerras si piensas que puedo encasillarme en la manada de los estúpidos anticlericales. Ahora bien, no existiría un anticlericalismo – el prefijo lo señala – si no hubiese habido previamente un clericalismo. Dejemos esto.

Me agrada la Iglesia cuando va junta de la mano con los defensores de los derechos humanos: Helder Cámara, Casaldáliga, monseñor Romero, etc. Y hasta te confieso que rezar el rosario puede ser tan benéfico para el alma como recitar los versos del poema del Mío Cid. Después de todo, poetas y creyentes no hacemos mal a nadie. La inquisición no ha sido sino una patología de la religión cuyas primeras víctimas han sido los religiosos. Recuérdese al arzobispo Carranza.

Nuestro amigo común es bastante inteligente para deslindar el dogma de la historia eclesiástica. Claro está, no hasta el punto de decir con el modernista Loisy: “”Jesús predicó el evangelio, luego vino la Iglesia”. A servirle de coraza, naturalmente. El intelectual católico tiene un doble compartimento estanco: acepta con la fe ciega aquello que rechazaría con la razón.

Te emplazo para otra carta

Querido G.

A menudo confronto mis ideas socialdemócratas con el pensamiento conservador de nuestro amigo J.J. Bueno, son cosas de tejas abajo. Sin embargo, contengo la brida para no disparar bajo la línea de flotación de sus creencias religiosas.

Él cree en el Emanuel, el Dios con nosotros, la encarnación divina. A esa fe ha sacrificado la paternidad y los honores mundanos en la universidad. ¿Quién soy yo para decirle que los reyes magos, y papa Noel, no existen?

Pero esta afirmación no es arbitraria, hecha a humo de pajas. Para probarlo me basta ya no un botón sino el hilo de coser ese botón. El evangelio dice que la sagrada familia vuelve de Jerusalén tras la fiesta. En el camino se forman dos grupos: uno, adelantado, donde van los más rápidos (entre ellos, sin duda, la jovencita, casi adolescente, María); en el segundo caminan los más lentos (probablemente el ya maduro José). María piensa que el niño Jesús va con José; José piensa que éste va con María. Cuando se juntan descubren que Jesús ha desaparecido y vuelven tras sus pasos para encontrarlo. ¿Hay algo más razonable? Lo encuentran en el Templo discutiendo con los doctores de la

Ley. Flavio Josefo escribe que esto era habitual en niños piadosos y sabihondillos. María le dice a Jesús: “¿cómo has hecho esto? ¿no sabías que nos has tenido preocupados?”. Y entonces Jesús responde: “¿no sabíais que debo ocuparme de las cosas de mi Padre? Y aquí viene la madre del cordero cuando el evangelio nos dice: “pero ellos no entendieron lo que decía”. ¡Cómo! ¿Y dónde queda aquello de la Anunciación, del “ángel del Señor anunció a María”? ¿Y el ángel que le dice a José que no repudie a su mujer, pues no ha concebido de la manera que no te debo explicar, sino por obra y gracia del Espíritu santo. ¡“Pero ellos no entendieron lo que decían”! Pues bien, si esa frase es un añadido (una morcilla, vamos), por el punto de una media se hace una carrera. ¿Qué es falso y qué es verdad? Podemos admitir los milagros, no la incoherencia. Un intelectual católico no admitiría tal error en un libro profano.

Siento que esta carta haya sido un poco larga.

Querido P.

Ahora leo mucho. Y, por tanto, pienso poco. Si llevamos la cuestión hasta el límite advertimos que un máximo de lecturas corresponde a un mínimo de pensamiento. A decir verdad, la lectura nunca es activa. Sencillamente nuestra mente sigue los carriles de los renglones por donde circulan unas ideas ajenas. Tan sólo podemos saltar al arcén, escribir al margen: “bien, bien”, “no es eso”, “fulano dice lo mismo”, etc. El escritor piensa por nosotros. Suspendemos, dejamos en el aire, dentro de un paréntesis, las ideas propias. Claro está, una vez llena la cisterna con la lectura podemos entonces abrir el grifo. Y ahora a otra cosa.

El acto es consecuencia de la potencia y la pasividad precede a la actividad . Un extranjero no puede cargar la mochila de todas las frases posibles en otra lengua sin haber robustecido antes las espaldas. Me parece una equivocación pretender en el aprendizaje de una lengua forzar a usarla muy pronto. Así nos azoramos, se traba la lengua, estamos expuestos al ridículo compasivo. Debemos escuchar, escuchar y escuchar en silencio. Llegará un día en que el agua hierva, el pollito rompa el cascarón. Los niños no hacen

así cuando aprenden su lengua nativa. Tropiezan cien veces.
Pero es que los adultos no son niños. No precisan
coscorrónera.

Pablo Galindo Arlés

30 de septiembre de 2024

